

# La guardiana de recuerdos de Kyiv



# Erin Litteken

## La guardiana de recuerdos de Kyiv

Traducción de **Rebeca Bouvier**

Navona

**Primera edición**

Julio de 2022

**Publicado en Barcelona por Editorial Navona SLU**

Navona Editorial es una marca registrada de Editorial Navona SLU

Aribau 153, 08036 Barcelona

navonaed.com

**Dirección editorial** Ernest Folch

**Edición** Xènia Pérez

**Diseño gráfico** Alex Velasco y Gerard Joan

**Maquetación y corrección** Moelmo

**Papel tripa** Oria Ivory

**Tipografías** Heldane y Studio Feixen Sans

**Imagen de la sobrecubierta** Borís Kustódiev

**Distribución en España** UDL Libros

**ISBN** 978-84-19311-07-8

**Depósito legal** B 8240-2022

**Impresión** Romanyà-Valls, Capellades

Impreso en España

**Título original** *The Memory Keeper of Kyiv*

© Erin Litteken, 2022

Derechos de traducción acordados con Taryn Fagerness Agency y Sandra Bruna

Agencia Literaria SL

Todos los derechos reservados

© de la presente edición: Editorial Navona SLU, 2022

© de la traducción: Rebeca Bouvier, 2022

Navona apoya el copyright y la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, produce nuevas voces y crea una cultura dinámica. Gracias por confiar en Navona, comprar una edición legal y autorizada y respetar las leyes del copyright, evitando reproducir, escanear o distribuir parcial o totalmente cualquier parte de este libro sin el permiso de los titulares. Con la compra de este libro, ayuda a los autores y a Navona a seguir publicando.

*Al pueblo ucraniano. Vuestra fuerza y resiliencia  
son una inspiración. Entonces y ahora*



# Índice

|            |     |
|------------|-----|
| 1. Cassie  | 13  |
| 2. Katya   | 25  |
| 3. Cassie  | 39  |
| 4. Katya   | 45  |
| 5. Cassie  | 59  |
| 6. Katya   | 71  |
| 7. Cassie  | 83  |
| 8. Katya   | 89  |
| 9. Cassie  | 111 |
| 10. Katya  | 121 |
| 11. Cassie | 141 |
| 12. Katya  | 159 |
| 13. Cassie | 173 |
| 14. Katya  | 189 |
| 15. Cassie | 205 |
| 16. Katya  | 217 |
| 17. Cassie | 233 |
| 18. Katya  | 247 |

|                              |         |
|------------------------------|---------|
| 19. Cassie                   | 255     |
| 20. Katya                    | 269     |
| 21. Cassie                   | 291     |
| 22. Katya                    | 301     |
| 23. Cassie                   | 327     |
| 24. Katya                    | 343     |
| 25. Cassie                   | 359     |
| 26. Katya                    | 371     |
| 27. Cassie                   | 377     |
| 28. Katya                    | 387     |
| 29. Cassie                   | 399     |
| 30. Katya                    | 407     |
| 31. Cassie                   | 425     |
| 32. Katya                    | 433     |
| 33. Cassie                   | 443     |
| 34. Katya                    | 447     |
| 35. Cassie                   | 453     |
| 36. Katya                    | 463     |
| Epílogo. Cassie              | 465     |
| <br><i>Nota de la autora</i> | <br>469 |
| <i>Agradecimientos</i>       | 475     |



*Si un hombre muere de hambre, es una tragedia.  
Si mueren millones de ellos, es solo una estadística.*

IÓSIF STALIN



*Apreciados lectores y lectoras:*

*El germen de esta historia echó raíces en mi cabeza incluso antes de la invasión rusa de Crimea en 2014 y aquí estoy escribiendo estas líneas mientras en la televisión se ven las noticias del brutal ataque de Rusia a Ucrania, a sus ciudades, a los civiles, a su futuro. Nunca imaginé que la publicación de mi novela sobre un ataque al pueblo ucraniano en el pasado coincidiría con una tragedia tan similar.*

*Los ucranianos están luchando hoy por su país con una fuerza y tenacidad que ha cautivado al mundo, pero no es posible negar que la historia se repite. Es espantoso y debemos aspirar a ser mejores.*

*Como nieta de una refugiada ucraniana de la Segunda Guerra Mundial, la angustia de esta guerra me resulta devastadora. Si bien no puedo cambiar la historia, todos podemos aprender de ella y hacer algo para ayudar al pueblo ucraniano.*

*Me solidarizo con los valientes ucranianos y ucranianas que defienden su país, su cultura y sus vidas, tanto entonces como ahora. Slava Ukrayini!*



## 1. Cassie

WISCONSIN, MAYO DE 2004

Pese a la insubordinación de su rostro, Cassie forzó una gran sonrisa cuando su hija entró en la cocina. Tenía la esperanza de que, si sonreía lo suficiente, durante el tiempo suficiente, Birdie respondería. Sin embargo, la niña la miró con indiferencia.

Cassie se esforzó por no ceder al impulso de dar cabezazos contra la pared.

Los grandes ojos azules de Birdie contrastaban intensamente con su oscuro pelo rizado. El pijama de princesa de color rosa que tanto había deseado para su cumpleaños le llegaba ahora a las pantorrillas y los antebrazos. Había enco-gido. O ella había crecido. Quizás ambas cosas. Parecía que, últimamente, prestar atención a estas cosas no se le daba demasiado bien a Cassie.

Harvey se echó a los pies de Birdie, golpeando la cola contra el suelo y calentando los tobillos desnudos de la niña.

—Harvey cuida mejor de Birdie que yo.

Se frotó la cara y reanudó su hábito de forzar una conversación sin propósito. No podía soportar el silencio. Le proporcionaba demasiadas ocasiones para recordar.

—¡Buenos días! ¿Has dormido bien? ¿Qué te apetece de-

sayunar? Tengo gachas de avena, huevos, o puedo preparar quinoa, fruta y miel, si quieres.

Cassie estaba fracasando como madre en muchos aspectos, pero nadie podría acusarla de no alimentar bien a Birdie. La despensa estaba llena de tentempiés orgánicos comprados a granel y el cuenco que había sobre la encimera contenía una amplia selección de fruta. A Cassie no le importaba no cenar, ni desayunar unas galletas saladas, pero estaba decidida a cerciorarse de que Birdie recibiera la nutrición que necesitaba, incluso si la ropa le quedaba pequeña o si nunca más volvía a hablar.

Birdie señaló la caja de huevos que Cassie había sacado de la nevera y la sartén del escurridero junto al fregadero. Cassie cogió ambas cosas y las colocó junto a los fogones mientras Birdie sacaba una espátula y la mantequera.

—¿Un huevo o dos? —preguntó Cassie.

Esto lo hacía siempre: intentar arrancarle una respuesta a Birdie sin darle tiempo a pensar. Nunca funcionaba. Birdie llevaba sin hablar catorce meses, una semana y tres días. No había ninguna razón para que hoy fuera diferente.

Birdie abrió la caja, sacó un huevo con cada mano y se los alargó a Cassie.

—Está bien. Dos huevos. ¿Por qué no preparas las tostadas?

Birdie se dirigió silenciosamente hacia la tostadora y metió dentro una rebanada de pan con semillas.

Cassie echó un vistazo a la caótica casa mientras los dos huevos salpicaban y chisporroteaban en la sartén. Una pila de correo tan alta que amenazaba con venirse abajo, bolas de pelo de perro que crecían a un ritmo alarmante por los rinco-

nes en el suelo y un cubo de la basura que necesitaba un vaciado urgente no constituían exactamente el retrato de un hogar feliz. Un año y medio atrás, ni muerta la habrían encontrado en una casa tan desorganizada.

Su ordenador portátil asomaba bajo un montón de periódicos. Cassie hizo una mueca al verlo tan abandonado, pero no se había visto capaz de escribir desde aquella noche. Arrojó un trapo de cocina por encima para no tener que ver otro ejemplo de su fracaso. Luego pasó los huevos fritos a un plato de plástico de color rosa que colocó sobre la mesa delante de Birdie. Cuando la niña los atacó, Cassie miró cómo la yema de color amarillo oscuro corría por la tostada que había preparado Birdie y suspiró. Otro día más, igual que ayer y el día anterior. Sin ningún avance, sin curación, sin seguir adelante con su vida. Tenía que cambiar por Birdie, pero no tenía idea de por dónde comenzar.

Sonó el timbre de la puerta y Cassie se quedó petrificada. Incluso ahora, después de tanto tiempo, el sonido de aquel timbre la aterrorizaba. De camino a la puerta se ciñó el albornoz raído por delante. Su psiquiatra diría que usaba el albornoz como mecanismo de defensa, que trataba de bloquear lo que había al otro lado de la puerta y que intentaba entrar. Cassie diría que lo que no quería era que nadie viera su viejo y ajado pijama. Quizás por eso había dejado de ir a las citas con aquella loquera.

Abrió la puerta. Su madre, sin arreglar y pálida, sonriendo un poco antes de contener un sollozo, irrumpió en la casa y rodeó a Cassie con los brazos.

—Cass. Tenía que venir a decírtelo en persona. No quería que condujeras después de enterarte.

Cassie se puso tensa entre los brazos de su madre y la apartó.

—¿Decirme qué?

—No ha muerto nadie —dijo—. No es nada tan horrible.

—Mamá, ¿de qué estás hablando?

—Se trata de Bobby.

—¿Bobby?

Cassie imaginó a su arrugada abuela de noventa y dos años, bautizada Bobby mucho tiempo atrás, cuando una joven Cassie destrozó la palabra ucraniana para abuela, *babusya*, y se negó a usar el apelativo tradicional, *baba*.

—Ha tenido un accidente.

A Cassie le dio un vuelco el corazón. O dos. Respiró con dificultad e intentó que el pánico no la invadiera, pero las palabras eran las mismas que había oído el año pasado antes de que su mundo se desmoronara.

Cassie permitió que su madre la acompañara hasta una silla junto a la mesa. Anna se inclinó y besó a Birdie en la coronilla.

—Hola, cielo.

Birdie sonrió a su abuela mientras limpiaba la yema del plato con la corteza de la tostada.

—Ocurrió el viernes, pero no quise preocuparte hasta saber más. —Anna se sentó junto a Birdie.

Cassie contó los días.

—Mamá, ¡hace cuatro días! ¿Bobby lleva herida cuatro días y no me podías llamar?

—Como ya te he dicho, necesitaba decírtelo en persona. Cuando me enteré de que no había peligro de que muriera, decidí que lo mejor era que viniera en coche a decírtelo. No he podido apartarme de ella hasta hoy.



—Explícamelo todo —le ordenó Cassie con voz temblorosa.

Anna miró a Birdie y le puso la mano en el hombro.

—Birdie. La abuela y mami tienen que hablar. ¿Quieres ir a ver la televisión?

Birdie recogió su plato y lo metió en el fregadero. Luego pasó junto a las pilas de correo y periódicos en dirección a la sala de estar. Cuando el sonido de la música de los dibujos llenó la estancia, Cassie se volvió hacia su madre con aprensión.

—La semana pasada salió a dar uno de sus paseos —dijo Anna—. Se alejó más de lo habitual en ella y no sé si se giró para mirar o qué, pero un coche la golpeó cuando cruzaba una calle con mucho tráfico.

De una sacudida Cassie se enderezó.

—¿Que la atropelló un coche? ¿Estás de broma?

Anna levantó la mano.

—Está bien. Tuvo una conmoción cerebral leve y le han puesto puntos. No tiene ningún hueso roto. Es asombroso que haya salido indemne.

—¿Dónde está ahora? ¿Está ya en casa?

—No, y es por esto que estoy aquí. Creo que podrá ir a casa esta tarde, pero necesita compañía. Alguien que esté allí y la ayude con sus cosas.

Cassie asintió.

—¿Quieres que venga aquí? ¿Que se quede conmigo?

Anna miró alrededor de la cocina con cara de escepticismo.

—No creo que este sea el mejor lugar para ella. No tiene a sus médicos cerca ni está familiarizada con este sitio. Mira, lo que estaba pensando es que esta es una oportunidad para

que hagas un cambio. Deja atrás esta ciudad, este chalé, estos recuerdos y vuelve a casa.

Cassie rio, y la amargura que reverberó por la habitación la sorprendió incluso a ella.

—¿Te crees que puedo dejar atrás los recuerdos así sin más? ¿Crees que puedo cerrar la puerta y que será como si Henry no hubiera existido nunca?

—No, cielo, claro que no me refería a eso —dijo Anna y puso la mano en la mejilla de Cassie—. Nunca le olvidarás. Lo que estaba pensando es que quizás sea hora de que empieces de cero en un lugar nuevo donde los recuerdos no sean tan arrolladores. Y puesto que Bobby no debería estar sola, me ha parecido la oportunidad perfecta para que te instales con ella durante un tiempo. Sencillamente, cierra esta casa y vete.

—¿Y me voy tal cual? ¿Dejo mi vida? ¿Mi casa?

Cassie hizo un gesto de desagrado cuando su madre hizo amago de acariciarla. Mientras, el dolor apagado que precede siempre a un ataque de llanto palpitó en su garganta.

—Cassie, sé realista.

Anna agarró la mano de Cassie y la miró fijamente. Por lo visto, ya no era hora de sutilezas.

—Quiero que me digas de verdad si eres feliz aquí, ahora. Dime que estás proporcionándole un hogar seguro y acogedor a Birdie. Dime que fuera de este caos llevas una vida.

Cassie se quedó con la boca abierta por la sorpresa. Normalmente, su madre mantenía su lado feroz escondido bajo una capa de sugerencias no demasiado sutiles y golpes pasivo-agresivos. Sin duda, este ataque no era su manera habitual de actuar.

—Estoy muy preocupada por las dos, si quieres que te diga la verdad —continuó—. Bobby es terca. Se niega a considerar siquiera que echemos una ojeada a cualquier tipo de residencia asistida. ¿Y tú? Pues me paso tantas horas en vela, preocupadísima por cómo estás manejando las cosas aquí. Cuando una mujer pierde a su esposo, sin importar las circunstancias, necesita rodearse de familia para superarlo. Quiero ayudarte, pero nunca me dejas. Esta es la oportunidad perfecta para que tú y Bobby os ayudéis mutuamente, y quiero que funcione.

—Básicamente, lo que quieres es esconder tus dos problemas juntitos para que no tengas que preocuparte tanto. Es por esto que has venido, ¿no?

Cassie se puso en pie tan rápidamente que la silla cayó al suelo tras ella. Era injusta con su madre, pero no podía evitarlo. Últimamente sus emociones oscilaban entre apatía e indignación y no había espacio para nada más.

—Necesito tomar el aire y Harvey necesita dar un paseo. Seguro que a Birdie le encantará pasar un rato contigo mientras estoy fuera.

Se dirigió a la puerta trasera dando pisotones y, aunque el tiempo primaveral era agradable, se puso el abrigo largo de invierno que escondía el hecho de que aún llevaba el albornoz puesto. Se calzó las botas, cogió la correa de Harvey y salió dando un portazo.

Harvey, ajeno al enfado de Cassie, saltaba y ladraba de excitación cuando ella le ató la correa al collar y salieron del jardín. Intentaba aclararse las ideas mientras el perro olisqueaba los árboles de delante de la casa.

Su madre no se equivocaba. Aquí, los recuerdos la rodeaban. Al principio, después del accidente, la casa la arropó,

segura y reconfortante. Pero últimamente, una sensación sofocante de encontrarse atrapada había ensombrecido ese consuelo. Al fin y al cabo, este no era su verdadero hogar. Solo habían vivido aquí seis meses antes del accidente. La empresa de Henry lo había trasladado temporalmente aquí, a Madison, Wisconsin, y el contrato solo tenía que durar un año, de modo que alquilaron la primera casa que encontraron con un jardín vallado para Harvey. El traslado vino con una prima enorme, y, una vez hubiera pasado el año, habían planeado regresar a Illinois y comprarse una casa.

Habían pasado horas soñando con esa casa. Ella quería una vieja granja con terreno, un granero y árboles frutales. Henry quería una cabaña con un granero sobre postes y un bosque. Pero el accidente lo cambió todo. Por suerte, el compasivo propietario de la casa le había permitido continuar alquilándola mes a mes después de que venciera el contrato original de un año.

Dobló la esquina frente a su casa y miró el chalé de obra vista. Común y corriente, estaba situado demasiado cerca de la calle y carecía del encanto de los otros chalés en la misma manzana. No se había quedado porque le gustara la casa ni porque se sintiera cercana a Henry en ella. Se había quedado porque era más fácil mantener el statu quo y continuar con la inercia de una existencia básica. Despertarse, comer, cuidar de Birdie, dormir, repetir.

Harvey tiró de la correa, excitado, porque quería volver adentro. Cassie vio a Birdie mirando por la ventana de su dormitorio. La saludó entusiasmada con la mano, luego se apartó; aquel era el mayor gesto de expresividad que había visto Cassie en meses.

¿Pensaba realmente en Birdie cuando se enfrentaba a su día a día? ¿Cuántas de sus decisiones se basaban en las necesidades de Birdie, para que creciera bien, en comparación a lo que ella, Cassie, necesitaba para sobrevivir? A Cassie no le gustaban las respuestas a estas preguntas, de modo que normalmente evitaba planteárselas. Su madre lo había estropeado todo.

Entró fatigosamente en la casa. Su madre seguía en la cocina, sentada en el mismo sitio. Se volvió hacia Cassie cuando esta entró y levantó las manos en un gesto de capitulación.

—Te lo prometo, cielo, no le he dicho una palabra a Birdie, pero en cuanto saliste por la puerta, se fue a su habitación.

Cassie desató a Harvey y colgó el abrigo.

—No pasa nada. Le gusta jugar allí.

—No está jugando, Cass. Está haciendo la maleta. Debe de habernos oído hablar.

—Ha...

La voz de Cassie se fue apagando. No quería hacer la pregunta.

Anna la miró con lástima.

—No. No me ha hablado.

Por supuesto que no había hablado. El silencio de Birdie era otro ejemplo destacable del fracaso de Cassie como madre. Una madre que debía ayudarla a superar el accidente y la pérdida de su padre. Se hundió en la silla frente a Anna, derrotada.

—¿Qué has planeado?

Anna agarró las dos manos de Cassie.

—Quiero ayudarte a hacer las maletas y salir. Corta por lo sano, no te des tiempo para pensar ni cambiar de idea. Te

ayudaré con todo. Te prometo que no haría esto si no pensara que es lo mejor. Ya sabes que he estado encima de ti durante meses para que volvieras.

—Ahora tienes la excusa perfecta. —Cassie acabó la reflexión por ella.

—Ahora Bobby te necesita —dijo Anna—. Y creo que tú también la necesitas a ella. ¿Por qué no recogemos lo más indispensable? La ropa, artículos de baño, comida que pueda estropearse. Volveré contigo cuando estés preparada para recoger las cosas de Henry.

—Ya está hecho —dijo Cassie—. La madre de Henry vino el mes pasado y me ayudó con la ropa.

—Bien, pues una cosa más hecha. —El tono de voz de Anna subió una octava.

Un sentimiento de culpa de sobras conocido sorprendió a Cassie.

—Lo siento, mamá. Sé que te ofreciste a ayudarme. Entonces no estaba lista. Pero llegó un momento en que ya no podía respirar con todo aquello. Tenía que sacarlo de la casa y justo en ese momento Dottie vino de visita.

Anna apretó los labios y envolvió a Cassie en un abrazo.

—Oh, mi niña.

Cassie abrazó a su madre y se rindió a ella, igual que cuando era niña. Un hormigueo inesperado de alivio le hizo cosquillas en la cabeza y suspiró.

—Está bien, mamá. Volveré a casa.

Anna se apartó y en su rostro se dibujó una sonrisa temblorosa.

—Será lo mejor para todas. Lo verás.

Titubeó, y luego prosiguió:

—La verdad, estoy preocupada por Bobby. Incluso antes del accidente estaba... distinta. Ya sabes cómo es. Siempre en marcha, siempre haciendo algo. Pero ahora la descubro sentada a la mesa, con la mirada perdida, como si se encontrara en otro lugar, y hablando en ucraniano.

—¿Qué dice?

—No lo sé —respondió Anna—. Normalmente no me habla cuando está en ese estado. Es como si estuviera inmersa tan profundamente en sus recuerdos que no se da cuenta de lo que sucede alrededor suyo. El otro día, le pregunté en qué estaba pensando y, cuando finalmente me respondió, lo único que dijo fue «girasoles».

—Quizás estuviera pensando en lo que quiere plantar en los macizos de flores.

—No. —Anna tamborileó los dedos en la mesa—. Nunca ha plantado girasoles. Siempre me ha dicho que la entristecían.